

republicana, e Isidoro Zorzano la conexión entre todos –mujeres incluidas– por la relativa libertad de movimientos que le daba su condición de argentino en Madrid. Con todo, el caudal que se aporta para documentar estos extremos es muy notable y, además, añade matices inéditos sobre el papel de cada cual en esta microhistoria que *Escondidos* relata con sobriedad, rigor y un excelente pulso narrativo.

Santiago Martínez Sánchez

Javier LÓPEZ DIAZ – Federico M. REQUENA (a cura di), *Verso una spiritualità del lavoro professionale. Teologia, Antropologia e Storia a 500 anni dalla Riforma. Atti del Convegno “The Heart of Work”*. Pontificia Università della Santa Croce. Roma, 19-20 ottobre 2017. Volume III/5, Roma, Edusc, 2018, 583 pp.

A quinientos años de que Martín Lutero difundiera las noventa y cinco tesis con las que se inició la Reforma protestante y en el primer centenario de la Revolución rusa, la Pontificia Universidad de la Santa Cruz organizó el Congreso *Un alma para el trabajo profesional*. El aniversario de ambos eventos fue la ocasión para un encuentro en el que se llevó a cabo una reflexión interdisciplinar sobre el sentido del trabajo profesional a la luz de la historia, la antropología, la sociología, la ética, la economía y la teología. Las actas del Congreso se agruparon en cinco densos volúmenes que recogen las relaciones y comunicaciones presentadas en él.

El presente libro es el tercer volumen. Su título se inspira en la encíclica de Juan Pablo II *Laborem exercens* (14 de febrero de 1981); en concreto, en el *Capítulo V. Elementos para una espiritualidad del trabajo*. Puesto que la santificación del trabajo profesional está en el núcleo del mensaje de san Josemaría Escrivá, lo que aúna las distintas exposiciones contenidas en el volumen es la alusión más o menos explícita al pensamiento del santo, o bien al Opus Dei, institución fundada por él. Las diversas ponencias contribuyen a situar en un marco teológico, filosófico e histórico las enseñanzas de Escrivá.

El libro está dividido en cinco capítulos. Siempre en torno al tema del trabajo, el primero contiene exposiciones de Teología dogmática (S. Sanz, J. López Díaz, A. Aranda), espiritual (P. Marti del Moral, A. Schlatter, M.M. Otero Tomé y M. Belda) y estudios que se focalizan en la comparación entre el mensaje de Escrivá y las doctrinas de Lutero y Calvino (M.P. Chirinos, J.J. Sanguineti, J.L. Illanes). El segundo capítulo agrupa tres estudios bíblicos (F. Serafini, G. De Virgilio y M. Tábet), uno patrístico (G. Maspero) y uno sobre el Magisterio pontificio del siglo XX (V. Bosch). El tercer capítulo presenta contribuciones antropológicas (J.I. Murillo, A. Malo, S.C. Martino y A.I. Moscoso - A. Puente) y el cuarto capítulo históricas, en un sentido amplio del término (F. Requena, J. Rego, R. Alvira, F. Crovetto, M. Fuster, L. Touze, J.K. Miczynski, R. Sorrenti y A. Vardiero). Por último, en el quinto capítulo, con un estilo distinto a los anteriores, se recoge una síntesis del coloquio que tuvo lugar

el 21 de octubre entre el actual Prelado del Opus Dei y en su momento profesor de Teología Dogmática y Fundamental de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, Monseñor Fernando Ocariz, y algunos de los profesores que participaron en el Congreso. El diálogo versó sobre la santificación del trabajo en las enseñanzas de san Josemaría Escrivá.

Hacer un resumen de cada una de las cuarenta y ocho exposiciones más el coloquio final sería interminable, por esta razón sólo presentaremos algunas ideas fundamentales que se desprenden de las contribuciones.

La ponencia más larga es la de Santiago Sanz. El autor aborda la relación entre el trabajo, la Creación y la Redención. Según Sanz, en la historia de la Teología encontramos una paradoja: la tradición protestante resalta el valor del trabajo y la vida secular aun cuando en su visión antropológica predominan las consecuencias del pecado. En el catolicismo, en cambio, no se encuentra tan fácilmente una teología positiva del trabajo. Quizás ello se deba a una razón histórica: durante muchos siglos la forma suprema de vivir el catolicismo ha sido la profesión de los consejos evangélicos. A la vez, en la teología de la segunda mitad del siglo XX, por influencia del exégeta luterano Gerard von Rad y del teólogo calvinista Karl Barth, desaparece la doctrina de la Creación. Este hecho histórico lleva a Sanz a postular que un adecuado concepto de Creación actúa como un “puente” entre las nociones de trabajo y Redención. Es capaz de unirlos sin absorberlos mutuamente. En otras palabras, una visión positiva o negativa de la Creación trae consigo una diversa comprensión y articulación de los otros dos términos, y está en la base de las distintas teologías sobre el trabajo que se han ofrecido a lo largo de la historia. Según Sanz, es propio de la fe cristiana afirmar que el Creador es el Redentor, y el Redentor es el Creador. La victoria de Cristo sobre el mal y el pecado no debe llevar a olvidar la bondad propia de la Creación. A la vez, su relativa autonomía no oscurece la superioridad y necesidad de la Redención. En la Sagrada Escritura el trabajo forma parte de la bendición divina originaria, y la Redención recrea y da pleno valor a esta realidad que, con ello, no pierde su significado propio.

Filippo Serafini con su contribución *Vocazione al lavoro dell'uomo in Genesi 2* ahonda, desde el punto de vista bíblico, en la perspectiva que presenta Sanz. Analiza el capítulo dos del Génesis y hace una interesante exposición sobre el trabajo humano como vocación divina. El actuar de Dios, señala Serafini después de estudiar el texto sagrado, precede y hace posible el trabajo. La actividad laboral tiene un valor originario positivo y con ella el ser humano alcanza su plenitud en la medida en que, al desarrollarla, mantiene una actitud de apertura y gratuidad a la acción divina, es decir, no descuida u olvida su relación con Dios. También en este sentido, Giuseppe De Virgilio, al analizar las cartas paulinas, afirma que en ellas el trabajo es una respuesta fundamental a la vocación y misión que Dios ha confiado al hombre en el mundo. San Pablo relee la actividad humana, y su misma experiencia en el desempeño de un trabajo manual como «fabricante de tiendas» (*Hch* 18,3), como un participar de modo activo y libre en la acción salvífica de

Dios en la historia de la salvación. Michelangelo Tábet, por su parte, subraya que, según los escritos paulinos, el hombre al trabajar coopera con la obra divina de la Creación.

Giulio Maspero estudia el tema del trabajo en Gregorio de Nisa. La doctrina del Padre Capadocio responde a la de Apolinar de Laodicea. Según Maspero, el punto principal en discusión es la distinción entre economía e inmanencia. En concreto, la existencia de la realidad material e histórica que caracteriza la economía. Apolinar, al negar que el Verbo asumió una humanidad completa y afirmar que Cristo ha existido siempre, rechaza la separación entre lo creado y lo increado, y se opone a que la Encarnación sea un acto libre de amor. Como respuesta a la concepción apolinaria Gregorio subraya la dimensión histórico-corporal de Cristo, y por tanto de todo hombre. En este contexto, el Niseno afirma claramente la posibilidad de santificar toda actividad humana, también el trabajo material. La afirmación de Gregorio de Nisa tiene un sólido fundamento cristológico y antropológico.

A pesar de los antecedentes bíblicos y patrísticos que se recogen en estas exposiciones, también se afirma en distintas contribuciones del volumen que, en la historia de la Teología católica, hasta el siglo XX, se ha dado poca importancia al tema del trabajo. En la época medieval, aun cuando se tiene una visión positiva del mundo creado y el trabajo cobra especial fuerza con el nacimiento de los gremios, según José Luis Illanes, «falta una reflexión sobre los oficios y profesiones y sobre su valor humano y cristiano. En la raíz de esa desatención está, sin duda, una falta de sensibilidad ante el tema, pero hay algo más: el influjo de la doctrina sobre el estado de perfección, es decir, la convicción, ampliamente asentada y teorizada, de que las ocupaciones seculares -y entre ellas, la vida matrimonial y el trabajo entendido como profesión- constituían, al reclamar solicitud y tiempo, un obstáculo para el crecimiento en la dedicación a Dios y a las cosas divinas» (p. 221).

Es habitual atribuir a Lutero el mérito de recuperar el carácter vocacional de toda actividad humana. Illanes cita, a modo de ejemplo, unas expresivas palabras del reformador alemán en su escrito *Sobre las buenas obras*: «si preguntas si tienen por obra buena el hecho de ejercer su profesión, caminar, estar de pie, beber, dormir y realizar cualquier tipo de trabajo necesario para el mantenimiento del cuerpo o del bien común; y si creen que Dios tiene contentamiento por esas tareas, dirán que no y advertirás que de las obras buenas tienen un concepto tan estrecho que lo limitan al orar en la iglesia, al ayunar y al dar limosnas [...]. Y así reducen y disminuyen el ámbito de los servicios a Dios, cuando la realidad es que es servicio a Dios todo cuanto se hace, habla o piensa mientras se viva la fe» (p. 221).

María Pía Chirinos explica que Lutero reacciona contra una pretendida «supremacía de la vida religiosa respecto de la vida ordinaria del laico en medio del mundo» (p. 184). Chirinos distingue entre lo que ella llama “negaciones” luteranas que la teología católica difícilmente puede aceptar, como son la desaparición de los órdenes religiosos y la vida contemplativa, la eliminación del sacramento del orden y la abolición del celibato sacerdotal; y las “afirmaciones” luteranas, tales como la

llamada universal a la santidad, el alma sacerdotal de todo fiel cristiano, el matrimonio como vocación de Dios, la comprensión del trabajo como misión según los primeros capítulos del Génesis y la *Work Ethic* del trabajo desarrollada principalmente por Calvino.

Distintos autores del volumen señalan que en la teología de Lutero y Calvino, por influencia del nominalismo, el ejercicio de la profesión responde a un mandato absoluto y omnipotente de la Providencia que se dirige a un hombre pecador, cuya condición no varía con su actuar. El trabajo se cumple con un total desprendimiento de sí como obediencia a un deber impuesto por Dios, permite dominar la propia concupiscencia y ayudar al prójimo, y en el caso del puritanismo es signo de una predestinación a la salvación. Tiene una fuerte dimensión ascética, pero siempre de carácter exterior, nunca de mejoramiento, perfección o santificación interior del hombre en la tierra. «El trabajo y la vida cotidiana no tienen suficiente valor ontológico y moral como para incidir no sólo en la santidad sino en un perfeccionamiento humano», señala Chirinos (p. 186). Todo ello marca el inicio de un individualismo que concibe al ser humano de modo racionalista, olvidando que es un cuerpo vivo, y al trabajo como una acción en la que no están presentes las causas formales y finales. De este modo, en el pensamiento protestante se distinguen distintos dualismos: entre interioridad y exterioridad, alma y cuerpo, fe y trabajo, apunta Juan José Sanguinetti (p. 204). En definitiva, tanto en la concepción medieval como en la protestante estamos frente a una mejorable comprensión de la relación entre Creación y Redención que ilumine la comprensión del trabajo, escribe Sanz (p. 52).

El rechazo del protestantismo a lo sagrado y a las mediaciones da paso a una concepción secularizada de la sociedad. José Ignacio Murillo en su exposición *Trabajo, santidad y secularidad. Una alternativa católica a la interpretación hegeliana de la divinización del mundo* analiza un discurso de Hegel en la Universidad de Berlín con ocasión del tercer centenario de la Confesión de Augsburgo (25 de junio de 1830) en el que Hegel defiende la Reforma como una superación del catolicismo. La tesis central del texto del filósofo alemán es que «el progreso de la historia es un progreso en la conciencia de la libertad» (p. 336). Hegel denuncia que los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, configuradores del estado religioso, con su contenido negativo se oponen a la realización libre del hombre y a la eticidad de las instituciones naturales del matrimonio, la riqueza y la organización social. Según la crítica hegeliana, la Iglesia católica concibe lo santo como algo separado del mundo. Ello trae consigo que se pierda la unidad de la vida humana porque «el fundamento del orden social en el que el ser humano desarrolla su vida queda al margen de los principios de la religión» (p. 343). La diferencia entre ambas confesiones, en última instancia, se reconduce a la forma en que se concibe la Eucaristía. Hegel relaciona la superación del catolicismo por el luteranismo con la idea de que la reconciliación entre lo profano y lo sagrado no puede ser producida por algo exterior como lo es la hostia santa, porque Cristo está presente en el mundo, pero a través de la fe y en el espíritu.

Al pensamiento hegeliano le sucede el pensamiento marxista, analizado por Rafael Alvira en su contribución *La crisis del trabajo después de su olvido (1517) (1717) (1917)*. Según el marxismo, mediante el trabajo se produce la «autoconstrucción del ser humano en el mundo también material que le pertenece» (p. 460) y «no hay ningún “más allá” de esa relación constitutiva hombre-naturaleza» (p. 459).

Todas las exposiciones del volumen que tratan sobre la influencia de la Reforma protestante en la concepción moderna del trabajo la comparan con el mensaje de san Josemaría Escrivá. Esto no es de extrañar puesto que en el pasado otros autores ya han intentado presentar el mensaje de Escrivá como una versión católica del calvinismo, aunque muchas veces esta comparación no ha ido acompañada de un conocimiento profundo de las enseñanzas del santo. En este sentido, las distintas aportaciones del libro contribuyen a aclarar dicha relación.

Illanes subraya que para acercarse al pensamiento de san Josemaría Escrivá es fundamental tener en cuenta que estamos ante un contexto histórico, religioso y espiritual completamente distinto al de los autores protestantes. La intuición que llevó a Escrivá a afirmar que «el quicio de la espiritualidad específica del Opus Dei es la santificación del trabajo ordinario» (*Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 34) tiene algo en común con la perspectiva de los reformadores, pero a la vez se asienta en un ambiente y pensamiento católico bastante lejano al de los autores protestantes.

El escrito de Escrivá más analizado en el volumen es la homilía *Amar al mundo apasionadamente* (*Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, nn. 113-123). El texto se inicia con una alusión a la concepción católica de la Eucaristía. Escrivá previene del peligro de malinterpretar el sentido escatológico del sacramento y relacionarlo con una vida cristiana “espiritualista”, es decir, que considera el mundo como algo despreciable o yuxtapuesto al espíritu. Esta reducción del catolicismo, según Murillo, es la misma religión que critica Hegel, y que Escrivá también rechaza: «respondemos sencillamente *que no* a esa visión deformada del Cristianismo» (*Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 113).

Escrivá subraya el valor positivo del trabajo, la política y el matrimonio, y la plena libertad y responsabilidad personal del cristiano en su actuación en el mundo. Sin embargo, el santo no llama a una vida de piedad a pesar del mundo, sino a la transformación del mismo mundo que Dios ha hecho bueno y que ha sido redimido por Cristo, en concreto con la santificación de la vida ordinaria. En esta línea se sitúan las contribuciones de Pablo Marti del Moral: *El trabajo es oración, según san Josemaría*; Antonio Schlatter: *La homilía “Amar al mundo apasionadamente” y el valor del trabajo manual*, María Mercedes Otero Tomé: *¿Un alma para el trabajo profesional?: el alma sacerdotal* y Antonio Malo: *Il lavoro, l'opera e il lavoratore. Riflessioni antropologiche su alcuni testi di San Josemaria*. Javier López Díaz, por su parte, subraya que entre los autores espirituales, san Josemaría Escrivá probablemente es el único que al comentar el *Salmo 2* habla del mundo como una heredad que Dios da al hombre ya en el presente para que la reconduzca a Él. En su exposición se detiene en la san-

tificación del trabajo en relación con la herencia de los hijos de Dios a que alude san Pablo en *Rm* 8,17, herencia entendida no sólo como algo del más allá, sino como algo ya poseído en la tierra.

Manuel Belda en su exposición *Trabajo profesional y contemplación en los comentarios de san Josemaría al pasaje de Marta y María en Betania (Lucas 10, 38-42)* presenta una breve panorámica de la historia de la Teología espiritual en la que ha predominado una visión de Marta y María como figuras de la vida activa y contemplativa respectivamente. En este contexto, san Josemaría es original al enseñar que las actitudes de estas dos mujeres del Evangelio se deben unir en el cristiano que realiza un trabajo profesional activo y absorbente en medio del mundo y a la vez mantiene una relación intensa con Dios en todo momento. La contribución de Juan Rego *Lavoro e preghiera nel nome di un'istituzione* se centra en el estudio del nombre dado por Escrivá a la institución fundada por él: *Opus Dei*. Se trata de un tema relevante si se tiene en cuenta que en la cultura teológica de la primera mitad del siglo XX la expresión se relaciona principalmente con las distintas formas de oración litúrgica, especialmente el Oficio Divino difundido por los benedictinos. Es poco probable que el Fundador del Opus Dei desconociese este significado, por eso Rego después de presentar un recorrido histórico en que analiza el uso de dicha expresión, sugiere que Escrivá reorienta su campo semántico e incluye en él la posibilidad de santificar cualquier trabajo secular que se convierte así en obra de Dios.

La exposición de Vicente Bosch permite situar el pensamiento de Escrivá en el Magisterio del siglo XX. El autor muestra cómo el tema del trabajo estuvo presente en el Magisterio de todos los Papas del siglo pasado. En un primer momento se exhorta a la solución de problemas sociales y luego se ahonda en la reflexión teológica. El Concilio Vaticano II constituye «un paso definitivo en la toma de conciencia del valor divino del trabajo cotidiano» (p. 331). Antonio Aranda y Laurent Touze, por su parte, comparan la comprensión del trabajo de Jesús en Nazaret del beato Charles de Foucauld (1858-1916), con la de san Josemaría.

Federico Requena, Fernando Crovetto y Mónica Fuster presentan el trabajo en el contexto de la España de la primera mitad del siglo XX. Requena analiza las clases de religión impartidas por José Luis Múzquiz, ingeniero y sacerdote del Opus Dei, en la Escuela de Ingenieros de Caminos de Madrid entre 1945 y 1949. El estudio de la docencia de Múzquiz permite comprender cómo las enseñanzas de Escrivá están presentes en sus miembros y son transmitidas por ellos. En concreto, al enseñar que el trabajo es medio de santificación, la virtud de la caridad está en el centro de su potencial santificador. Esto distancia claramente la posición católica de la calvinista que se centra en el éxito profesional. Por su parte, Fuster estudia la concepción del trabajo a través de la revista *Renovación Social* entre los años 1926 y 1930 y Crovetto analiza el pensamiento y la acción de Ángel Herrera, presidente de la Acción Católica Española, en el mundo del trabajo entre 1933 y 1936. Ambos autores subrayan que predomina una actitud paternalista hacia el proletariado, un tono negativo y de defensa frente al socialismo, y cierta visión clerical por la que «se considera al clero



secular y regular como la vanguardia del orden social cristiano, y a los católicos como cuerpo del ejército», escribe Fuster (p. 495).

En definitiva, el volumen refleja en profundidad la influencia fundamental de la Reforma en la concepción moderna del trabajo y las semejanzas y diferencias con el pensamiento católico, en concreto con el de Josemaría Escrivá. Al final del libro, como ya señalamos, se recoge el encuentro informal que tuvieron los participantes del Congreso con el actual Prelado del Opus Dei, monseñor Fernando Ocáriz. Al hilo de las preguntas que, de modo espontáneo, le fueron haciendo algunos profesores, el teólogo y prelado ahondó en rasgos esenciales de las enseñanzas de Escrivá. Subrayó la raíz evangélica del pensamiento del santo; el aspecto subjetivo de su mensaje –todos los hombres están llamados a la santidad– y objetivo –toda lo creado puede dar una mayor gloria a Dios a través de la actividad humana–; la relevancia del fin por el cual el hombre actúa –el amor a Dios y el servicio a los demás hombres– relacionado con el modo cómo se trabaja; y la posibilidad de tratar a Dios en cualquier circunstancia en la que se vive, también en el quehacer cotidiano.

Catalina Vial de Amesti

Antonio SCHLATTER, *Trabajo del hombre, trabajo de Dios. La dignidad del trabajo manual en las enseñanzas de san Josemaría Escrivá*, Madrid, Rialp, 2017, 133 pp.

Estamos ante un ensayo en el que el autor estructura y desarrolla sus ideas acerca del trabajo, de modo personal y con un estilo sugerente, lleno de imágenes y metáforas que contribuyen a una lectura amena en la inmersión del profundo calado teológico del tema. Se vale para ello de los textos que san Josemaría nos ofrece sobre el trabajo, especialmente de la homilía *Amar al mundo apasionadamente*, publicada en el libro *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, la obra que más cita nuestro autor. No resulta anecdótico señalar que el segundo texto más recurrido es la encíclica *Laudato si* del Papa Francisco: el dato manifiesta la voluntad de prestar atención a una teología de las realidades terrenas opuesta a un espiritualismo desencarnado, que el Fundador del Opus Dei desveló y combatió con su “materialismo cristiano”.

En la intención del autor se abre paso el deseo de dignificar y realzar el trabajo manual, rescatándolo del prejuicio –ampliamente difundido– de concebirlo como labor de segunda categoría. Con ese fin, inicia un recorrido constituido por un tríptico de varias etapas: en el primero de ellos Schlatter nos hace considerar la importancia del tacto y el valor de la manos (*El alma que sale de las manos*); la dignidad de la materia y su apertura al espíritu (*La sobreabundancia de lo material*); el mundo apasionadamente amable y la nueva ecología emergente como antídotos de la pérdida de sentido de la materia (*Laudato si*). Efectivamente, «las manos, la materia y el mundo [...] forman esa terna esencial